

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 8 de Abril de 1897

Núm. 333

BOUGUEREAU



Mignon



Palique

¡Silencio!

Felices los que oyen en Cuba y en Cavite el estampido del cañón, que defienden el honor de España, y no oyen la gárrula gritería de ciertas ranas del charco de tinta, que critican, desmenuzan, asesoran, vaticinan y despedazan fama, honor, pericia, gloria de guerreros que acometen, vencen, callan, triunfan, mueren...

¡Cuánto han hablado los periodistas! Y los soldados no dicen nada... Y éstos lo son todo y los otros... ¿qué son, cuando no son lo que deben?

¡Oh! si España tuviera un *órgano*, publicaría un número extraordinario, una hoja en blanco con esta palabra en medio, en letras muy grandes:

¡Silencio!

Para más claridad, lo diré en griego:

Zersités d'eti mounos ametroepés ecolóa, etc. (Iliada, II, 212, etc.)

«Tersites solo proseguía en sus clamores. Abundaba en palabras insolentes y en ultrajes, y hablaba sin medida, aun contra los jefes, á fin de excitar la atención y la risa de los suscriptores, digo, de los Argivos...

»Aborrecía, sobre todo, á Aquiles y á Ulises, y los ultrajaba; y lanzaba gritos injuriosos contra el divino Agamemnon...

»Y el divino Ulises, parándose delante de él, le miró con ojos sombríos y le dijo con rudeza: «Tersites, infatigable *mono sabio* (en griego *agoretés*), ¡silencio!... Que no sea yo el padre de Telémaco (traducción libre, ahora), si, como prosigas arengando de tal suerte, no te cojo y te quito los pantalones y te pongo... como un tomate, y te mando desde la plaza, ó sea desde la *circulación*, á las naves, ó *galeras*, moliéndote á palos.»

«Y dicho... y hecho, le descargó el cetro sobre las costillas.»

Y después que habló Ulises, dijo Nestor:

«Ciertamente, que esto parece la calle de Toledo, y esta gente, *chicos* de la prensa, ajenos á las fatigas de la guerra...»

Todo eso, y más, dice Homero *al auto*, de lo mucho que se alborota en la prensa acerca de cómo se ha de hacer y quién ha de hacer la guerra.

Por supuesto que Homero no alude á los periodistas peritos de veras en el arte de la

guerra y de la política, que conocen por estudios teóricos y prácticos el asunto, y son prudentes en sus juicios.

Los Tersites, á quien Ulises da de palos, son esos críticos por horas que, como si se tratase de *estrenos*, hablan de las batallas y de las peripecias de la guerra.

Son los Aristarcos tan conocidos, que en sus ratos de ocio se dedican á Maquiavelos y dominan el arte de la guerra y de la política.

Esto de que el *populo*, la gente profana, dirija guerras, á miles de leguas de los campos de batalla, siempre fué de pésimas consecuencias; ya lo fué en Roma, y lo fué en las primeras guerras de la Revolución francesa, cuando los *tácticos* de la tribuna hacían y deshacían generales y planes de campaña, y no dejaban que se llevase á cabo ningún oportuno designio de los jefes militares que dirigían la defensa de la libertad y de la patria.

Hablen, en buen hora, los que, por estas ó las otras circunstancias, pueden decir algo de provecho; pero los demás, los que juzgan con la pasión, con el interés de partido, por despecho, por venganza, por envidia, por aturdimiento, por necesidad...

¡Silencio!

* * *

Nosotros, zapateros, á nuestros zapatos.

Si yo tuviera un plan para vencer en Cuba y en Filipinas... no pensaría en otra cosa.

Pero como no lo tengo, me contento con llamar benditos y alabados á los pobres guerreros que nos están defendiendo la integridad del territorio... y continúo en el ejercicio de las artes de la paz, á que me consagro.

Y en el uso de ese ejercicio, leo *Genio y figura*... la preciosa novela de Valera, que ha tenido la honra de ser maltratada por la crítica carlista.

Verdad es que la joya literaria de que hablo es algo verde... ¡Naturalmente, como que es una esmeralda!

La lección moral de *Genio y figura*, porque tiene moraleja, es austera, casi mística.

Pero los sacristanes pseudo-reprimidos, en cuanto oyen hablar de la carne, se alborotan, y ven pornografía por todas partes. Sin acordarse de que el espectáculo está *dentro* del espectador.

* * *

Otro libro que debe leerse, aunque tampoco le gustará á Mella, es *Nonadas*, colección de artículos de Alfredo Calderón. Calderón es filósofo, es moralista... y es escritor. Entre nosotros hay algunos notables pensadores... que escriben medianamente. Se empeñan en que nuestra lengua sirva para que cada cual improvise castellano... y eso no puede ser. Ciertamente es que Horacio comparó el lenguaje con un bosque, y que dijo que unas hojas, palabras, caen del árbol marchitas, y otras nacen y brillan frescas; pero así como no se puede traer la primavera antes de tiempo, ni hacer brotar las hojas cuando se quiere, así no se puede violentar la *madurez del neologismo*.

Además, hay hojas y hojas, y no sirven las del peral para el manzano. No se hacen palabras nuevas en un idioma sin contar con la índole propia de su carácter, de su genio. Y lo que se dice de las palabras, se dice de los modismos, giros, etc., etc.

Calderón, digo, escribe con naturalidad, sin violencia, y cuando tiene que decir cosas hondas, no manoseadas, intrincadas, que es no pocas veces, busca con la natural fatiga de todo artista, fatiga que no se ve en la obra, la mejor manera de expresar, como si fuera fácil, lo que en rigor es difícil.

En esto se distingue el verdadero literato del que no lo es, aunque sea filólogo, filósofo y lo que se quiera.

CLARIN.

La fiera

De todos los dómínes, profesores y maestros con que tuve que bregar desde los ocho hasta los veintidós años, (¡y Dios sabe si fué crecido el número!) ninguno me inspiró

tanto terror ni repulsión tanta, como don Apolinar de Jacometrezo, catedrático de *Ciencias morales*, que el cielo adverso me deparó en el período más risueño de mi existencia. Contaba yo diez y nueve abriles y tenía el carácter más alegre que Dios puede haber concedido á un hombre. Respiraba optimismos é ilusiones por todos mis poros; no me atosigaba ninguna pena, ningún apuro, ninguna preocupación y veíaseme andar siempre con rostro risueño y aire satisfecho.

Entonces el destino puso ante mi paso á D. Apolinar. Con todos mis maestros había concluído siempre por hacer buenas migas; no diré que con ese ó con aquél no hubiese tenido yo mis cuestioncillas y mis disgustos, pero éstos no me entraban muy adentro. No diré tampoco que D. Rafael Osorio, por ejemplo, profesor de Física, no hubiese sido algo mi enemigo, por causas más bien dependientes de mi voluntad que de la suya; ni sostendría que D. Tomás Rubianes, catedrático de Literatura sánscrita, no me inspiró algunas veces un respeto que se parecía mucho al miedo. Pero esos dignos señores eran, al fin y al cabo, menos fieros de lo que á primera vista parecían, y sus justas severidades no me amargaron nunca la existencia. Únicamente concebí la idea del temor profundo, intenso, metido en el

alma el día que las circunstancias, ó por mejor decir, las matrículas, me pusieron frente á frente del señor de Jacometrezo.

Era éste recién nombrado para ocupar una cátedra vacante, y venía de otra Universidad menos importante, con una reputación pavorosa de intransigencia y de ferocidad disciplinarias. La fama no debe mentir... nos digimos todos los escolares desde la primera jornada, al contemplar la faz austera, avinagrada, antipática del nuevo profesor; al escuchar el timbre seco, desapacible de su voz.

Esta primera impresión quedó corroborada y ampliada en los siguientes días. D. Apolinar era el tipo más acabado que pudiéramos soñar del domine cascarrabias, implacable, sañudo y despótico.

Verdaderamente no se le podía aguantar: no había quien permaneciese tranquilo y



sosegado en su presencia; poseía el dón de hacernos temblar: á todos en general, y á mí en particular. Por efecto de una irreverencia mía, corregida severamente en el momento, fui yo, desde las primeras lecciones del curso, el enemigo odioso, la víctima inmolada, *la bête noire* del catedrático; y más que ningún otro condiscípulo, conocí yo el peso angustioso de las asperezas, de las humillaciones, de los sarcasmos, de las amenazas y de los castigos. Veía con indefinible pavor acercarse la hora de la cátedra; entraba en el aula con el temblor de piernas y de corazón que experimenta el reo al entrar en capilla; no me atrevía á respirar siquiera mientras duraba la clase y, cuando terminada ésta, salía al aire libre, parecíame al condenado que acaba de recibir el indulto. ¡Jesús!... ¡qué tiempos tan crueles fueron aquéllos y qué enorme cantidad de hiel amasé en algunos meses!

Júzguese por estas premisas de cuál debía ser mi estado de ánimo, cuando indicaciones del almanaque, acompañadas de muchos otros síntomas, me advirtieron que el mes de Mayo tocaba ya á su fin y que se nos venía encima el fatídico Junio, ¡el mes de las calabazas!... ¡horrenda *via crucis* para el mártir universitario!

—¡El suspenso que te va á atizar ese tío!...—pensaba yo á cada momento, estremeciéndome desde los talones hasta la coronilla.

* * *

La mañana era esplendorosa, saturada de luz, de primaverales efluvios, de lozana y vigorosa poesía.

Pero indiferente á los encantos de la naturaleza, caminaba yo mustio é intranquilo, caminito de la Universidad. Era aquel el último día de Mayo; el último día de clase.

De pronto dí un suspiro; á poca distancia, siguiendo la misma dirección, andaba un hombre encorvado, con un levitón hasta media pantorrilla. Era él, el monstruo, el tirano, el opresor del débil y del afligido... D. Apolinar, en fin.

Detuve mis pasos para evitar la proximidad siempre peligrosa de la fiera y... el catedrático se detuvo también.

—¿Te habrá visto ese oso?—me pregunté escamado.—¿Tendrá ojos en la espalda?

D. Apolinar permaneció algunos segundos parado, sacó unos papeles del bolsillo, los miró durante un momento, y luego prosiguió su marcha. Entonces reparé que se le había caído algo que parecía una carta; el sobre blanco relucía en la acera y me lancé para recogerlo, y con la sana intención de ofrecérselo á nuestro verdugo. ¿Qué mejor ocasión de captarse un poquito de benevolencia que la que me ofrecía la casualidad? «Mire usía—diría con obsequiosa sonrisa—ahí tiene ese papel que acaba de caérsele á usía...» ¿Qué menos podría hacer él que darme las gracias... y aprobarme?

Recogí el papel al punto que D. Apolinar doblaba la esquina: era un sobre abierto y dentro de él mi curiosidad descubrió una fotografía que el tiempo había puesto amarillenta; la imagen de una preciosísima niña como de cinco á seis años, de rizados bucles, sonriente boquita y grandes ojos negros. Al pie se leía esta inscripción, trazada con mano temblorosa, á juzgar por la irregularidad de los caracteres: *Pepita de Jacometrezo, fallecida el 22 de Mayo de...*

—¡Pobre señor!—murmuré compadecido y olvidando por un momento toda mi in-



quina—¡qué disgusto no tendrá si llega á notar la pérdida de este retrato! hay que devolvérselo en seguida.

Y eché á andar tras el profesor; pero cuando éste llegó á la Universidad, metióse en el aula, entraron tras él los estudiantes y me fué preciso esperar que finiera la clase para cumplir mi propósito.

Nunca habíamos visto tan duro, tan atrabiliario á nuestro catedrático como le vimos en aquel día de despedida: no salió de sus labios ni una palabra de benevolencia; ni una frase de cortesía como es de tradición dirigirlas á los escolares cuando se da el

curso por concluído. En cambio prometió hacer justicia seca en los exámenes que empezaban al otro día; pero ¡qué sentido tétrico, amenazador adquirirían en boca de D. Apolinar aquel sustantivo y aquel adjetivo! ¡Justicia seca!... Esto lo traducimos nosotros por «hecatombe sin piedad...»

En medio de un silencio preñado de consternación, fueron desfilando todos los alumnos y quedamos sólo al aula, el profesor y yo.

—Vamos á ver: ¿qué quiere usted? —preguntóme con voz bronca, mirándome con ojos feroces.

—Devolver á usted un objeto que se le ha perdido en la calle y que he encontrado.

Tomó el sobre que yo le alargaba, lo reconoció al punto y se tornó densamente pálido; sacó la fotografía, la contempló con indefinible expresión de ternura, mezclada de honda tristeza, y por aquel siempre hosco semblante, de súbito ablandado, corrieron dos gruesas lágrimas. Luego tendióme las manos, apretó las mías con efusión y me dijo:

—Gracias, amigo mío: ¡Dios le bendiga! no sabe usted el inmenso favor que

le debo... Es el único retrato que tengo de mi hija, de mi adorada Pepilla, del ángel que la muerte me arrebató hace ya diez años... Me estremezco al pensar que á no ser por usted hubiera perdido quizás para siempre esta imagen idolatrada ..

Y el profesor volvió á coger el retrato que había dejado sobre la mesa y lo envolvió de apasionados besos. Entonces tuve una inspiración repentina.

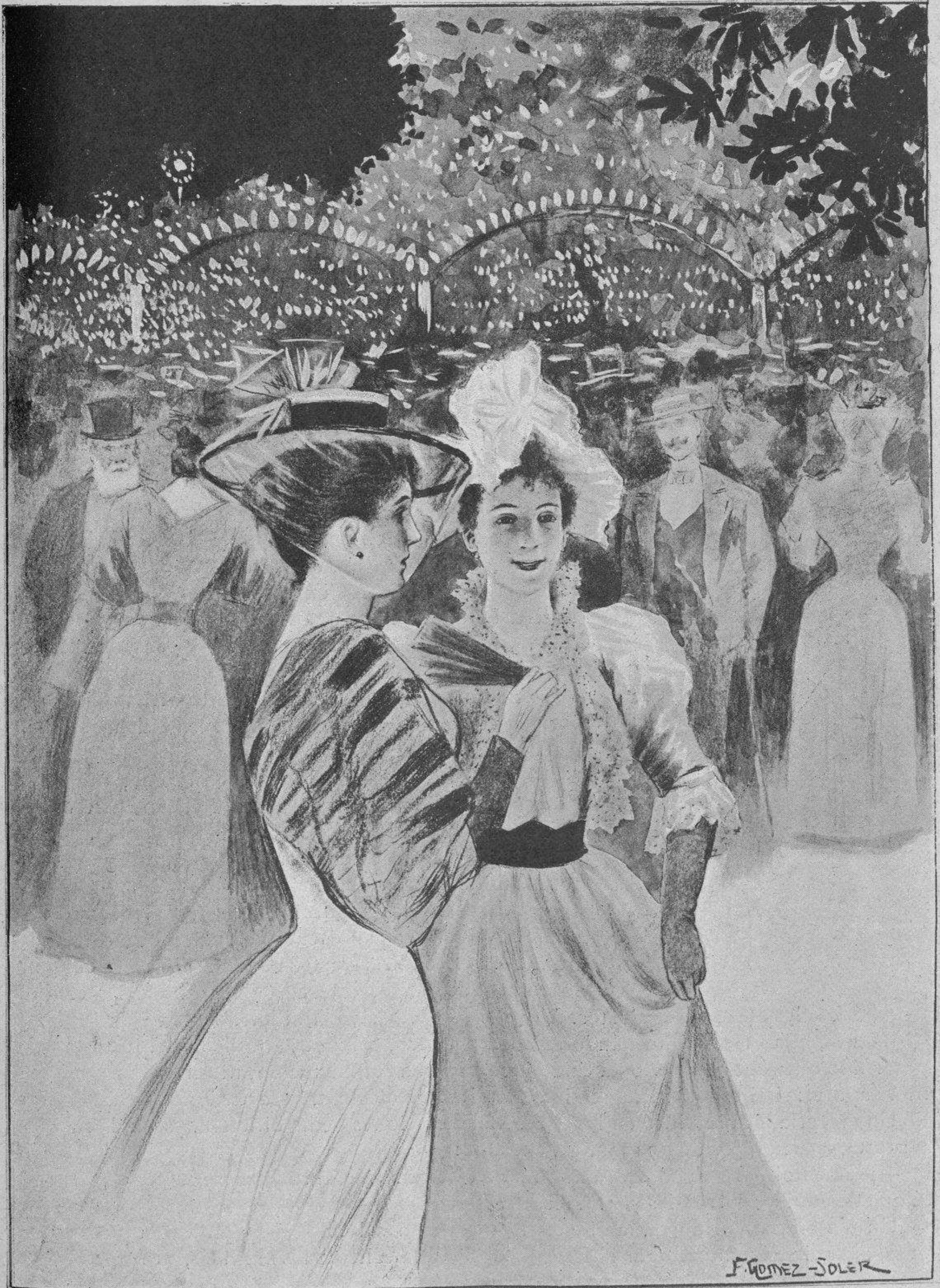
—D. Apolinar,—dije—en nombre de ese ángel que desde el cielo le mira... sea usted compasivo con nosotros en los exámenes.

Sonrió él en medio de sus lágrimas, me estrechó otra vez la mano y contestóme: —Vaya usted tranquilo.

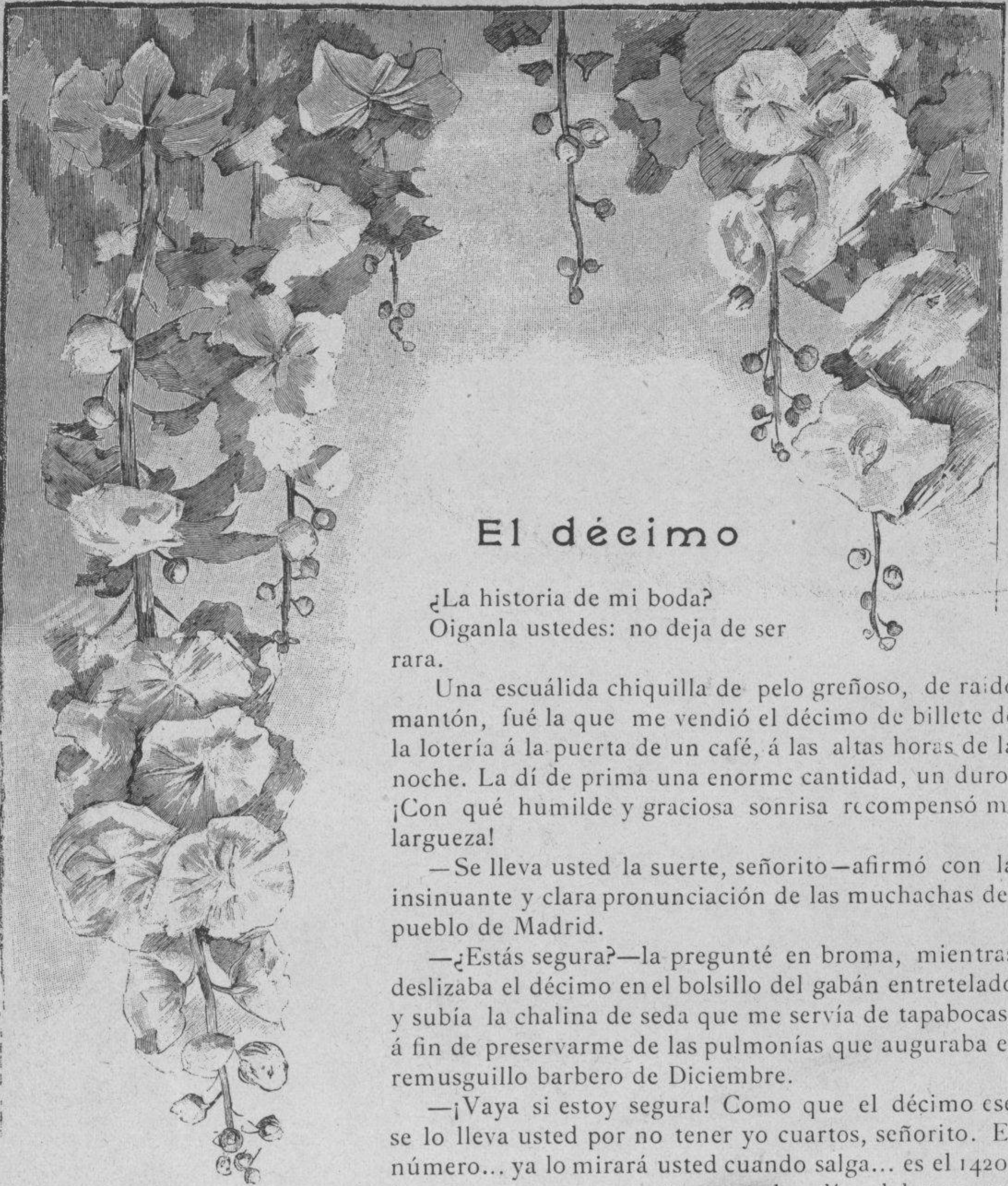
Con asombro indecible, con estupefacción imponderable del mundo universitario, no hubo aquel año ninguna víctima en los exámenes de *Ciencias morales*; no se pronunció ni un suspenso, y yo me calcé un sobresaliente que ni hecho de encargo.

JUAN BUSCÓN.





Una fiesta nocturna en Viena



El décimo

¿La historia de mi boda?
Oiganla ustedes: no deja de ser
rara.

Una escuálida chiquilla de pelo greñoso, de raído mantón, fué la que me vendió el décimo de billete de la lotería á la puerta de un café, á las altas horas de la noche. La dí de prima una enorme cantidad, un duro. ¡Con qué humilde y graciosa sonrisa recompensó mi largueza!

—Se lleva usted la suerte, señorito—afirmó con la insinuante y clara pronunciación de las muchachas del pueblo de Madrid.

—¿Estás segura?—la pregunté en broma, mientras deslizaba el décimo en el bolsillo del gabán entretelado y subía la chalina de seda que me servía de tapabocas, á fin de preservarme de las pulmonías que auguraba el remusguillo barbero de Diciembre.

—¡Vaya si estoy segura! Como que el décimo ese se lo lleva usted por no tener yo cuartos, señorito. El número... ya lo mirará usted cuando salga... es el 1420; los años que tengo, catorce, y los días del mes que

tengo sobre los años, veinte justos. Ya ve si compraría yo el billete.

—Pues, hija—respondí echándomela de generoso, con la tranquilidad del jugador empedernido que sabe que no le ha caído jamás ni una aproximación, ni un mal reintegro—no te apures: si el billete saca premio... la mitad del décimo, para tí. Jugamos á medias.

Una alegría loca se pintó en las demacradas facciones de la billetera, y con la fe más absoluta, agarrándose de una manga, exclamó:

—¡Señorito! por su padre y por su madre, deme su nombre y las señas de su casa. Yo sé que de aquí á cuatro días cobramos.

Un tanto arrepentido ya, la dije como me llamo y donde vivía; y diez minutos después, al subir á buen paso por la Puerta del Sol á la calle de la Montera, ni recordaba el incidente.

Pasados cuatro días, estando en la cama, oí vocear «la lista grande». Despaché á mi criado á que la comprase, y cuando me la subió, mis ojos tropezaron inmediatamente

con la cifra del premio gordo; creí soñar, no soñaba, allí decía realmente 1420... mi décimo, la edad de la billetera, la suerte para ella y para mí. Eran muchos miles de duros lo que representaban aquellos benditos guarismos—y un deslumbramiento me asaltó al levantarme, mientras mis piernas flaqueaban y un sudor ligero enfriaba mis sienes. Hágame justicia el lector: ni se me ocurrió renegar de mi ofrecimiento... La chiquilla me había traído la suerte, había sido mi «mascota»... Era una asociación en que yo solo figuraba como socio industrial. Nada más justo que partir las ganancias.

Al punto deseé sentir en los dedos el contacto del bienaventurado papelito. Me acordaba bien: lo había guardado en el bolsillo exterior del gabán por no desabrocharme. ¿Dónde estaba el gabán? ¡Ah! allí, colgado en la percha... A ver... Tienta de aquí, registra de acullá... Ni rastro del décimo.

Llamo al criado con furia, y le pregunto si ha sacudido el gabán por la ventana... ¡Ya lo creo que lo ha sacudido y vareado! Pero no ha visto caer nada de los bolsillos; nada absolutamente... Le miro á la cara: su rostro expresa su veracidad y honradez. En cinco años que hace que está á mi servicio no le he cogido jamás en ningún gatuperio chico ni grande... Me sonroja lo que se me ocurre, las amenazas, las injurias, las barbaridades que suben á mis labios.

Desesperado ya, enciendo una bujía, escudriño los rincones, desbarato armarios, paso revista al cesto de los papeles viejos, interrogo á la canasta de la basura... Nada y nada: estoy solo con la fiebre de mis manos, la sequedad de mi amarga boca y la rabia de mi corazón!

A la tarde, cuando ya me había tendido sobre la cama á fumar, para ver de ir tragando y digiriendo la decepción horrible, suena un campanillazo vivo y fuerte, oigo en la puerta discusión, alboroto, protestas de alguien que se empeña en entrar. y al punto veo ante mí á la billetera que se arroja en mis brazos, gritando con muchas lágrimas:

—¡Señorito, señorito! ¿Lo ve usted? Hemos sacado el gordo.

¡Infeliz de mí! Creía haber pasado lo peor del disgusto, y me faltaba este cruel y afrentoso trance, tener que decir, balbuceando como un criminal, que se había extraviado el billete, que no lo encontraba en parte alguna, y que por consecuencia, nada tenía que esperar de mí la pobre muchacha, en cuyos ojos negros, ariscos, temí ver relampaguear la duda y la desconfianza más infamatoria...

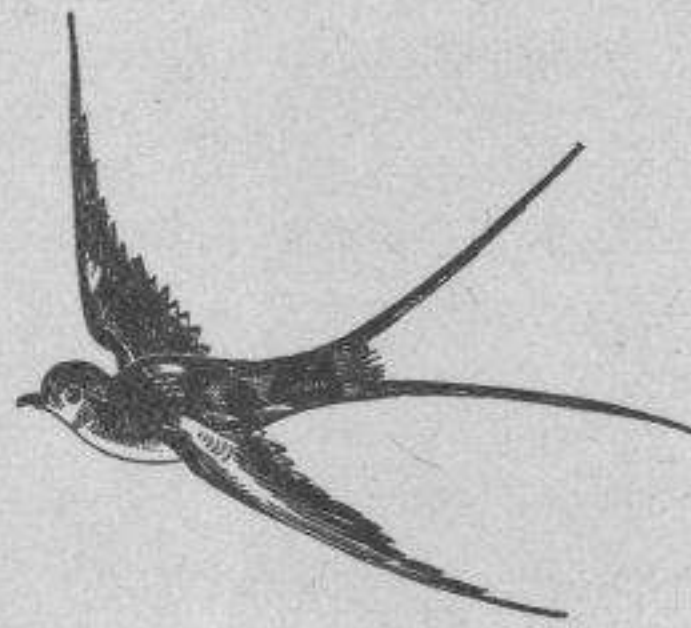
Pero la billetera, alzándolos todavía húmedos, me miró serenamente y dijo encogiéndose de hombros:

—¡Vaya por la Virgen! Señorito... no nacimos ni usted ni yo para millonarios.

¿Cómo podía recompensar la confianza de aquella desinteresada criatura? ¿Cómo indemnizarla de lo que le debía—sí, de lo que le debía? Mis remordimientos y la convicción de mi grave responsabilidad pesaban sobre mí de tal suerte, que la traje á casa, la amparé, la eduqué y por último me casé con ella.

Lo más notable de esta historia es que he sido feliz.

EMILIA PARDO BAZÁN.



L. LHERMITTE



MUSEO DEL LUXEMBURGO. — El salario



Ventajas de la inconstancia

*Después de amarla, olvidala; que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.*

(PATRICIO M. DE RAYÓN.)

¡Ay! anoche te escuché
(El que escucha oyé su mal),
Cuando á otro hombre, por tu fe,
Le jurabas fe eternal.
¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
Que pase un mes y otro mes,
Y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,
Ya no lloro
Ni mi engaño ni tu engaño;
Pues no ignoro,
*Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.*

Después, ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando digiste:
—«No hice otro tanto con él.»—
¡Ay Victoria,
Cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
Aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya antes, ducho,
Te engañé:
Porque aunque me amabas mucho,
Yo bien sé,
*Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.*

Por último, ¡horrible paso!
Digiste, al partir, de mí:
—«Es un...» — ¡Ah! Mas, por si acaso,
Lo dije yo antes de tí.
Sí, gacela;
Aquí, el que no corre, vuela;
Lo que tú hoy de mí, yo ayer
Dije de tí á otra mujer.
Que los seres en amores
Adiestrados,
Todos son engañadores
Y engañados;
*Pues la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.*

Adiós. Te juro leal,
Por el que nació en Belén,
Que nunca te querré mal,
Si no te quise muy bien.
Con que, adiós.
Navia y Julio á veintidós.
Hoy por mí, y por tí mañana.
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno,
O imprudente
Llegases tú á amar alguno,
Ten presente
*Que la inconstancia es el cielo
Que el Señor
Abre al fin para consuelo
A los mártires de amor.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



J. TRIADÓ



En el muelle



Lord Strafford_yendo al suplicio

Veintiún días de pueblo

Tanto me aseguraron que me iba á divertir de una manera extraordinaria, que ofrecí acompañar á mis dos amigos á Mosqueruela, sito en el Bajo Aragón.

Como de esto hace ya muchos años y el ferrocarril de Valencia á Barcelona es relativamente joven, el trayecto entre la ciudad del Cid y Castellón, lo hicimos en un vehículo que, por lo lento, más parecía pereza que diligencia.

Allí ya empecé á divertirme algo; porque, como ocupaba un rincón de la berlina, tenía que soportar el aliento del zagal cada vez que se empinaba en la estribera, ó darle con las narices en el extremo inferior del espinazo cuando se sentaba en el pescante, porque si bien había muchos baches en el camino, en las ventanillas delanteras no había en cambio cristal alguno; y merced á esta compensación, más que personas en vecindad con sus prójimos, semejábamos los tres viajeros, canes olfateando á sus congéneres.

Por fortuna, tal estado de cosas duró poco; y al medio día, ya estábamos en Castellón buscando inútilmente las acémilas que nos habían de conducir al término de nuestro viaje. Y no es que no hubiésemos retenido las mulas con una semana de anticipación, sino que al arriero le salió *mejor carga* y nos dejó plantados. Por fin dimos con unos machos, que de no sé dónde sacó el banquero de nuestro guía, para quien llevábamos recomendaciones, y nos pusimos en marcha. Las pobres bestias habían llegado unas horas antes cargadas de tablones de pino; así es que además de estar rendidas, iban aderezadas con unos aparejos, muy parecidos á las planchas en que se tienen de pie en los circos ecuestres los titiriteros que hacen habilidades sobre el caballo; con la sola diferen-

cia de tener en el centro un lomo ó caballete que nos impedía sentarnos á mujeriegas y nos obligaba á tener las piernas como compás abierto en ángulo obtuso.

En tan cómoda postura, cabalgamos hasta la media noche, hora en que nos apeamos en la posada de Adzaneta, invadida por unos *caballeros* que todo lo comían y lo hablaban con ajos. Tomamos un pienso, porque la cena consistió en pan de paja y hierbas cocidas, y nos encaminamos á la habitación en donde nos prometíamos resarcirnos de las penalidades de la jornada. La cama de nuestro *leader* estaba sobre una mesa, que por hallarse coja habían encuñado con un ladrillo. Tenía por sábana una cosa que había sido mantel y que aún conservaba cárdenas huellas de peleón, y por almohada un saco relleno de cebada. La del otro compañero de infortunio, la formaba el arcón de los zagalejos de la ventera, cubierto con unas alforjas vacías, y por cabecera la capa del posadero. Mi lecho era de alfombra de cuadra; es decir, que lo componían haces de paja extendidos sobre los ladrillos y cubiertos con una camisa partida por la mitad, y perteneciente á la hija adulta de ambos cónyuges. Una silla puesta de bruces y con el respaldo metido entre el pavimento y *los colchones*, parecía indicarme que en ella debía reposarse mi occipucio: unas verdaderas camas, en fin, de plumas... de acero.

Qué fauna y qué flora no sorprenderíamos en ellas á la luz del candil que, en forma de sombrero á la Federica, alumbraba el recinto, cuando sin dar descanso á los *corceles*, volvimos á tomar la medida de los aparejos con las piernas. Al anochecer del siguiente día nos apeábamos en el lugar en que tuvo sus reales D. Jaime el Conquistador, en cuyo palacio, según la tradición lo llama, recibimos albergue.

El *guía*, antiguo parroquiano de la localidad, se fué á saludar á sus conocimientos en lo que allí se apellida Casino, y que no es otra cosa que la morada de uno de los vecinos más acomodados, donde la gente se reúne después de la siesta y durante la velada. Allí se sirve chocolate con mojicones por seis cuartos; agua de cebada, que en rama se trae del pesebre, por cuatro; y golosinas de diversa naturaleza, á precios módicos. El golfo es la diversión vespertina y el monte la nocturna. Entre los aficionados á la primera, figura un tío Pepe, que está jugando desde que tiene uso de razón sin haber ganado ni perdido un maravedí en su vida. Su sistema es muy sencillo: no acepta ningún envite; es mano y pasa con *cincuenta y cuatro* corridas. El jefe de la expedición nos propuso ganarnos el importe del viaje entre albuces y gallos, y le dimos facultades omnímodas para jugar aquella noche por nuestra cuenta, mientras nosotros reposábamos los entumecidos miembros.

A mí me toco en suerte la cama en que había dormido D. Ramón Cabrera cuando visitó el pueblo durante la guerra de los siete años. ¡Hermosa pieza! Aquello era una catedral, no sólo por su tamaño, sino por el orden arquitectónico de las columnas que sostenían su techo. Para acostarme, puse una silla á poca distancia de la basílica; tomé carrera desde el fondo de



- Mártir -

la habitación, y, utilizando el asiento como trampolín, caí de un salto en el borde con medio cuerpo sobre el abismo. Hecho lo cual ya no tuve más trabajo que encaramarme por una de las columnas, como quien sube á una cucaña, para conseguir apagar un cirio Pascual que, encajado á cuña en un blandón, tenía para alumbrarme. Cuando amaneció, vi que en un canto había un apagaluces; pero también supe que el apoderado había hecho perder á cada uno de los poderdantes ciento cincuenta duros, lo que nos dejó á todos de muy mal humor y dispuestos á tomar la revancha. Porque hay que advertir, que el viaje de ida y vuelta, la manutención y las propinas, no sumaban más de veinticinco pesos; de modo que en lugar de ahorrarnos el importe de la expedición, habíamos satisfecho seis excursiones adelantadas.

Como era domingo, fuimos á oír misa y á ver salir de la iglesia á las muchachas, que son rollizas y mantecudas. Por ahí no andan mal. En la plaza fuimos presentados al clero parroquial, al maestro de escuela y organista, vestido de levita y con un sombrero de muelle como una torta por faltarle ya varios aceros; al escribano, al cabo del puesto de la Guardia civil, á los ediles, á los arrieros más acomodados, y á la crema, en fin, de la localidad. Organizóse allí *ipso facto* una merendola para ir á comernos un *recental*, y dicho y hecho: en los postres se sirvieron barajas y no perdí más que quinientos reales.

Los festejos se sucedían sin interrupción, como las pérdidas. Ya era tirar á los vencedores, ya bailar en casa de fulano y al són de una guitarra, patrióticas convertidas en mazurcas, ya una cenita á escote con su indigestión correspondiente; pero sin que en nin-

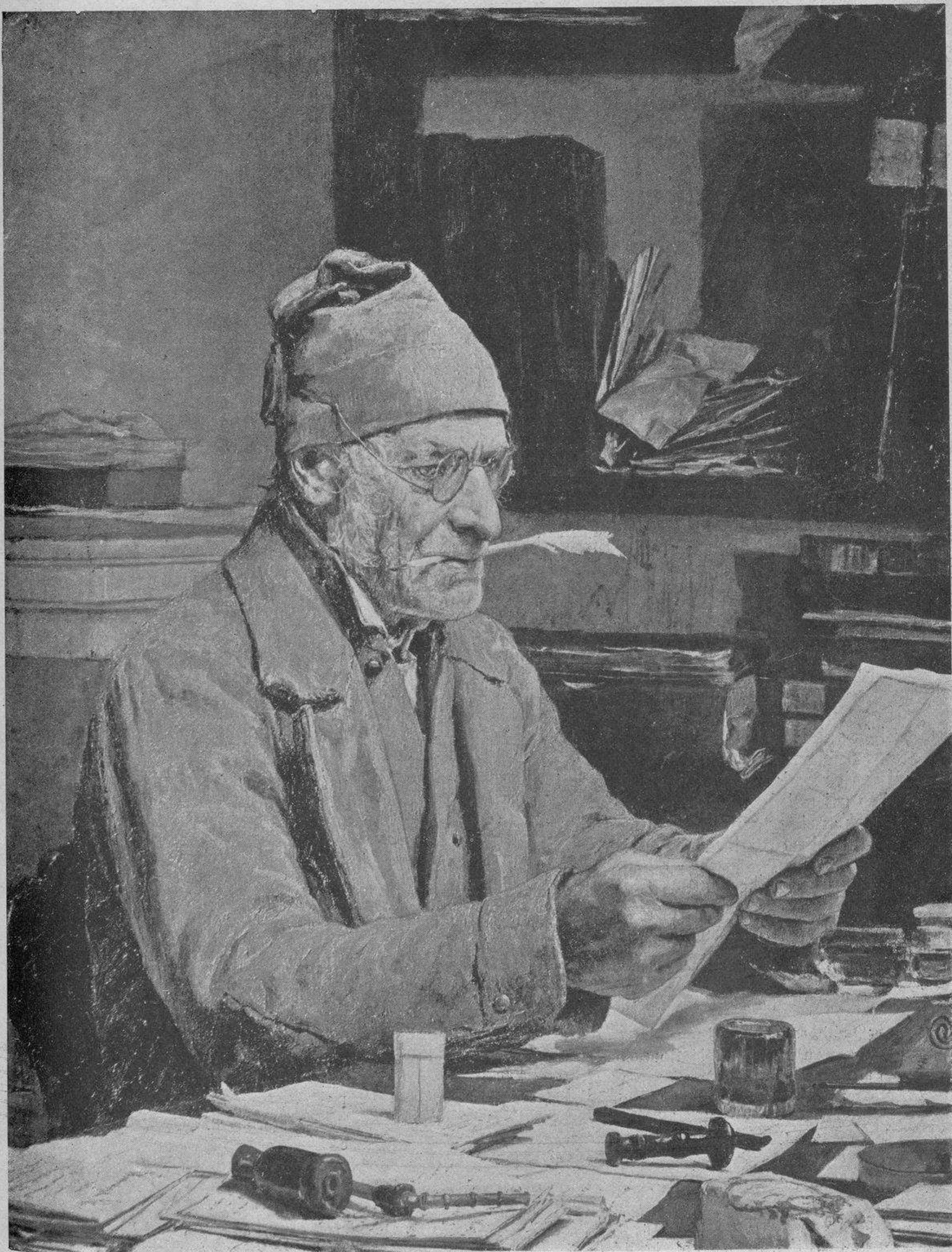
guna parte dejara de verse á Jorge con la oreja á punto.

WEILS



Discreteos

Yo que no he cazado nunca, en primer lugar porque no sé, y en segundo porque no quiero matar á nadie, fuí convidado á una batida de conejos, en la que tomé sitio entre los ojeadores. Salimos del lugar veintisiete escopetas (porque los cazadores creo que se cuentan así) y más de treinta hombres para el acto de espantar á los animalitos con el estruendo de mazas, almireces, tambores y demás instrumentos sonoros. A mí me tocó una pandereta y la pandereta fué tocada por mí. Ibamos todos á pie, menos los curas que montaban en burros. Las doce eran cuando abandonamos nuestros lares, y las cinco cuando para descansar de la caminata emprendimos la tarea de atravesar romerales y espinos, á fin de conducir las piezas al sitio en que las esperaban los victimarios. A las diez ya me tocaba con la lengua la cadena del reloj, había perdido un zapato, tenía una manga de menos en el gabán y aporreaba mi pandereta sin apercibirme de que ya no tenía parche. Porque hay que advertir que esto se pasaba en Agosto, y que una hora



Cabeza de estudio

antes nos habían batido el terreno gentes más madrugadoras; por lo cual no cazamos nada y... nos divertimos mucho.

A las dos llegamos á la masada más próxima, en donde nos comimos un gazpacho y nos echamos á dormir una siesta; pero Jorge, incomodado sin duda de que no se le hubiera dado el tironcito de costumbre, armó á todos los masoveros con los despojos de nuestra orquesta, y rompiendo en un acorde infernal, nos despertaron viéndonos acometidos por un toro que por vía de diversión nos habían soltado. Hubo corridas y revolcones; y no pudiendo conciliar ya el sueño... me ganaron cincuenta isabelinos. Ocho días estuve en cama con calenturas de que conseguí sanar por no haber tomado felizmente los baños de pies que me recetó el médico.

Durante mi convalecencia, supe que el dueño de la casa, al derribar una pared para arreglar las habitaciones del primogénito que tomaba estado, había descubierto una cota de malla y un mandoble perteneciente al rey conquistador, amén de un arcón lleno de flechas de la guardia de ballesteros de D. Jaime, y otras preciosidades arqueológicas. Pregunté por su paradero y se me contestó, que del mandoble habían hecho cuchillos; del puño, chapas para jugar al caliche; de las flechas, juguetes para los muchachos, y del arca, leña. Me condolí de la incuria con el cabo del puesto que venía á verme á menudo, y me dijo que tenía razón, concluyendo por ganarme al golfo el dinero que había pedido á mi familia y que por la mañana me había entregado el ordinario, que era un mozo muy fino. Desde aquel punto prescindí de la revancha.

El primer día que salí á la calle, hubo una partida de pelota en la Mayor del pueblo. Tomaba parte en ella cada atleta que de una bofetada descarrillaba á un mulo; y no obstante, para añadirse fuerza, se armaba no del guante navarro, sino de una especie de medio coco gigantesco, cortado longitudinalmente y hecho de encina. En suma, un verdadero cazo.

Como hubiese en la puerta de la casa que nos servía de tribuna una gallarda moza cerca de la cual me acurruqué, porque yo siempre he gustado de las buenas compañías y por eso no voy al teatro, al novio de la tal, contrincante de la parte aquende del partido, no debió gustarle acaso la aproximación; lo cierto es que aguardó su turno para el saque, y torciendo la dirección me arrimó un pelotazo en el flanco derecho, que me dejó con la boca abierta y sin poder respirar. Cogiéronme entre dos y me llevaron de nuevo á la enfermería; pero no había hecho media docena de pasos, cuando una segunda bolea, dándome en la sien, me derribó sin sentido.

Me pusieron sanguijuelas, y en la semana que estuve reponiéndome, el cabo no dejó de hacerme su correspondiente visita. Perdí á crédito; y en cuanto pude tenerme en pie, salí con mis compañeros de infortunio, escoltados los tres como unos malhechores por los hijos del *fondista*, que nos acompañaron hasta Castellón, para cobrarse los veinticinco duros que por barba debíamos de albergue y transporte. El cabo me costó al cabo ocho mil reales nada más; pero me divertí. Desde entonces le hice la cruz al lugar y he mantenido mi palabra. El año 78, hallándome con licencia en la ciudad del Cid, vinieron los mismos amigos á proponerme otra excursión, y al momento telegrafíé al ministro que aceptaba el Consulado en China.

ENRIQUE GASPAR.

Herejías

¡Qué hermosa estás! tendida
en ese lecho blando;
la negra y ondulante cabellera
destrenzada, tu seno recatando.

—
Ay, Laura de mi vida,
quien á la cabecera
de tu cama estuviera,
el momento preciso,
para ver de reojo el paraíso;
y en castigo, tu enojo me lanzara
á los profundos antros del infierno,
por burlarme del diablo, cara á cara;
que el fuego del Averno,
es, comparado al mío,

un tibio sol de invierno,
¡un fuego frío!

—
Bésame, Dorotea.
besa mi cara,
como al divino apóstol
Judas besaba.

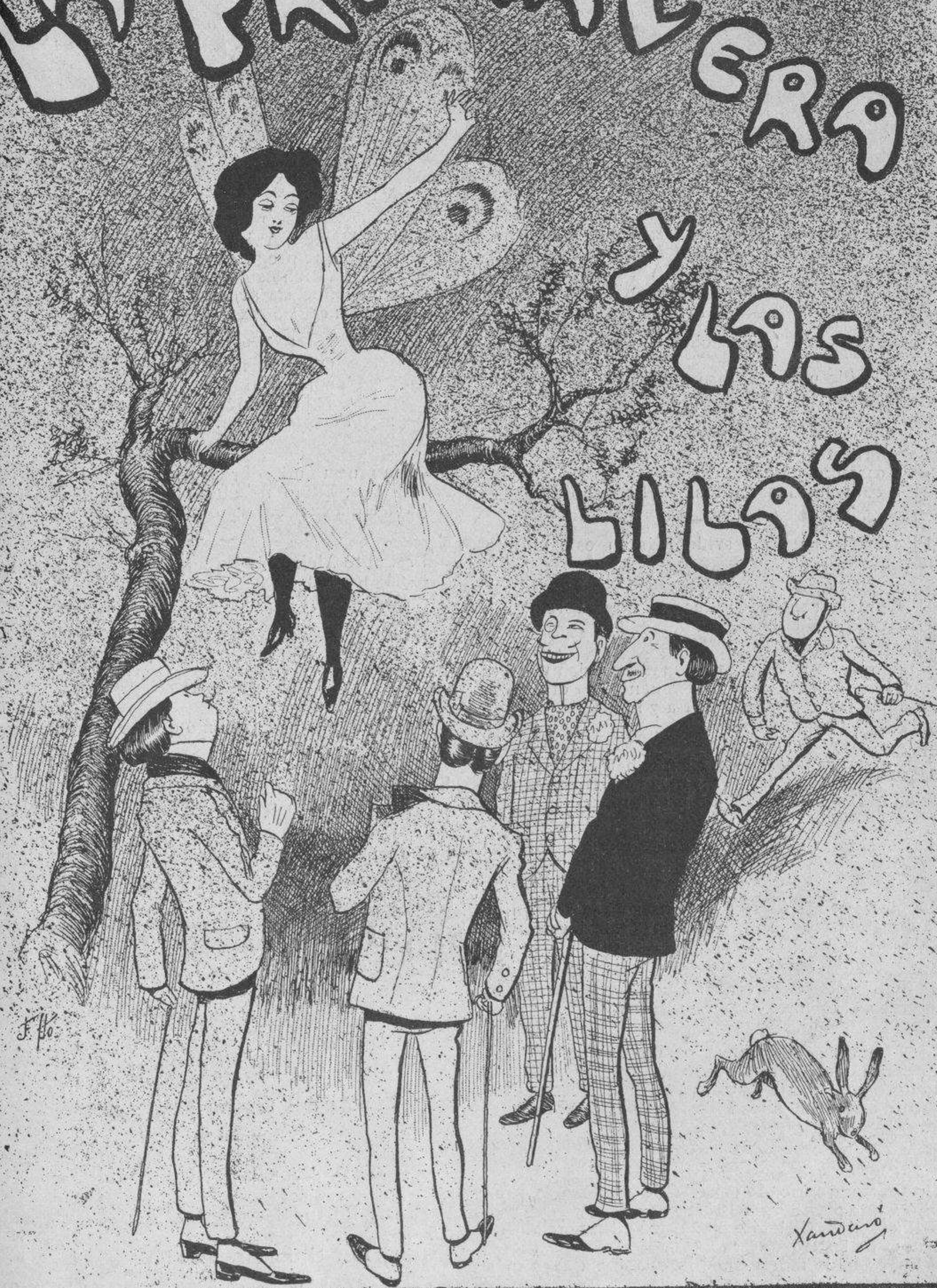
—
Unicamente
que Judas era un hombre más decente;
pues, si á Cristo vendía
de agena mano el precio recibía,
y tú, con gran cinismo,
me venderás; *pagándote yo mismo.*

PEDRO GAY.

LA PRIMAVERA

y las

lilas



J. Ho.

Xaudaró

Dibujo de Xaudaró



Hemos recibido la *Guía oficial del servicio diario de la Administración principal de Correos de Barcelona*, perteneciente al mes de Abril, cuya utilidad recomendamos á nuestros lectores.



Un autor, como hay muchos, á uno que lo conocía á fondo:

—¿Ha leído usted el libro que acabo de publicar?
—No, señor. ¿Y usted?



En una tertulia:

—Se casa mucha gente este año.
—Sí, contesta Gedeón; los hombres sobre todo...



El silencio me ha servido más en este mundo, que el ingenio.

Talleyrand.

Una gracia pagada envilece al que la recibe, y deshonra al que la hace.

Duclos.

¿Quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado? Haz de modo que no encuentre en otra parte tantas gracias, ternura, dulzura y modestia.

Pitágoras.

Las mejores frutas son las que han sido picadas por los pájaros; los hombres más de bien son aquellos en quienes se ha cebado la calumnia.

Pope.

La censura es el impuesto de la envidia sobre el mérito.

Stern.

La gloria se adquiere á expensas de la tranquilidad del alma; el placer, á costa de la salud, y el favor, á costa de la independencia.

El ateo procura convencer á los demás, para persuadirse á sí mismo.

Bacon.

Si el hombre no quisiese otra cosa que ser feliz, lo lograría con facilidad; pero quiere ser más feliz que los otros, y esto ya es muy difícil, porque cree que los otros son más felices de lo que realmente son.

Montesquieu.



Un tuerto, queriendo echarla de gracioso, le preguntó á una preñada del rastro:

—Diga usted, tía Isidra, ¿en qué se diferencian los ladrones de las ladronas?

—En que los ladrones, dijo ella, no tienen más que un ojo, y las ladronas dos.



Diálogo entre una criada joven y una ama vieja y gruñona:

—Han llamado, Anita... ¿Quién es?
—Es uno que pregunta por la señora.
—¿Y no ha dicho su nombre?
—Debe conocerla á usted mucho, porque me ha preguntado: «¿Está esa bruja?»



Quien ausente lo tenga
Muerto lo llore,
Que la ausencia y la muerte
Parejas corren.



—Ha muerto mi pobre suegra, doctor.
—Bueno; ahora no abuse usted de la alegría; no vaya usted á caer enfermo también.



Preguntó Alejandro Magno al cínico Diógenes:
—¿Me temes?
—¿Qué eres? preguntó á su vez Diógenes, ¿bueno ó malo?
—Bueno, respondió Alejandro.
—Pues si eres bueno, replicó Diógenes, ¿por qué he de temerte?



En un restaurant:
—¡Mozo, diga usted al amo que se presente inmediatamente!
—¿Qué se ofrece? pregunta el dueño al parroquiano.
—Vamos á ver, ¿por qué se treve usted á llamar Burdeos á este vino?
—¡Hombre! no tengo empeño en ello. A veces lo llamo también Borgoña ó Rhin.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAÑ * PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona